

## Jaime Balmes (1810-1848): en favor de la filosofía\*

### 1. *El espíritu del pensamiento balmesiano*

Dionisio Roca, en su reciente libro *Balmes (1810-1848)*, de la colección "Filósofos y Textos", que dirige el profesor Luis Jiménez Moreno, señala que, todavía en la actualidad: "No parece, a primera vista, que Jaime Luciano Balmes haya sido un pensador tratado con la debida ecuanimidad en la historia del pensamiento (...) Una explicación radical, aunque oculta e inconfesada, para menosprecio semejante puede encontrarse en la actitud *independiente*, libre e incondicional de Balmes en su búsqueda de la verdad, sea cual sea su origen o procedencia"<sup>1</sup>.

Quizá también, porque tuvo exclusivamente formación eclesiástica. Balmes, que era de condición humilde, estudió gramática, retórica y filosofía en el Seminario de Vich. Continuó sus estudios en la Universidad de Cervera, donde se doctoró en Teología en 1833 y en Derecho Canónico en 1835.

José Torras i Bages, a finales del siglo XIX, daba éste sutil juicio de la obra balmesiana, que revela otro tercer posible motivo de las incomprendiones, los celos y los olvidos de la misma: "Fue discípulo y hasta profesor suplente de la Universidad de Cervera, pero no fue hijo de ella. Nació, como los antiguos gigantes bíblicos, de la conjunción de dos razas adversas y heredó las cualidades eminentes de ambas. La *ilustración cerverina*, clásica refinada, pero artificial,

---

1. DIONISIO ROCA, *Balmes (1810-1848)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1997, p. 12.

---

\* Ponencia presentada en el IX Seminario de Filosofía Española 1998, dedicado a los Centenarios del 98: Averroes (1126-1198), Francisco Suárez (1548-1617), B. Arias Montano (1527-1598); Jaime Balmes (1810-1848) y Javier Zubiri (1898-1983), organizado por el Departamento de Filosofía III. Hermenéutica y Filosofía de la Historia, de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, bajo la Presidencia del Ilmo. Sr. Dr. Manuel Maceiras Fafián, Decano, la Dirección del Ilmo. Sr. Dr. Rafael Ramón Guerrero, Director del Departamento y la Coordinación del Ilmo. Prof. Dr. Luis Jiménez Moreno, el día 30 de Marzo de 1998, en la Sala de Juntas de la Facultad de Filosofía.

eco del Renacimiento; el *tomismo* clarísimo, penetrante y seguro, aunque adormecido por el estancamiento de su tradición, eco fiel del excelentísimo criterio de los tiempos medievales<sup>2</sup>.

Estas características se encuentran en toda la filosofía balmesiana, que está expuesta en sus libros *El Criterio*, *Filosofía Fundamental* y *Filosofía elemental*, publicadas respectivamente en 1845, 1846 y 1847. La primera obra, dedicada al arte de pensar bien, es su introducción.

En la *Filosofía fundamental* se ofrecen originales investigaciones sobre grandes cuestiones filosóficas básicas, de ahí el adjetivo "fundamental" de su título. Afronta tres grandes campos: los criterios de verdad, la experiencia sensible y la actividad intelectual. En todos ellos demuestra un amplio conocimiento de la filosofía moderna. Balmes conocía Europa y su pensamiento filosófico. Había viajado a París y a Bélgica para este fin. Acepta y discute, entre otras, las doctrinas de Descartes, Locke, Leibniz, Condillac, Kant, Fichte y Schelling. Lo mismo podría decirse de la *Filosofía elemental*, en la que se exponen de modo sencillo y resumido las doctrinas de las otras dos obras.

Su actividad como pensador y escritor no comenzó con estas obras filosóficas. Un poco antes terminar sus estudios de doctorado, el 20 de octubre de 1834, Balmes había sido ordenado sacerdote. Inició entonces lo que se ha denominado "vida escondida", porque, durante cinco años, aparte de la impartición de clases de matemáticas para subsistir, se dedicó exclusivamente a la autoformación por medio de numerosísimas lecturas y profundas reflexiones. Le siguen otros siete de gran actividad, época en que publica todas sus obras y realiza su labor periodística y política. Su gran biógrafo, Ignacio Casanovas, divide este productivo período en dos ciclos: el apologético y social (1841-1843) y el filosófico político (1844-1848), que se termina con su muerte a sus 38 años de edad.

Para comprender su pensamiento, hay que tener siempre en cuenta que Balmes no es sólo un filósofo, fue también teólogo, apologeta, historiador, sociólogo y político. Además, como ha escrito Canals Vidal: "Balmes fue un pensador polifacético. Así no es de extrañar que se hayan dado sobre él las caracterizaciones más dispares"<sup>3</sup>. Sin embargo, todo lector de sus obras reconocerá con Torras y Bages que: "La *asimilación* y la *conciliación* son el carácter de su talento"<sup>4</sup>. Son los dos rasgos esenciales del espíritu de toda la obra balmesiana.

## 2. La filosofía como integridad

Un poco después de redactar *El Criterio* (noviembre de 1843) y de trasladarse a Madrid, donde fundó el semanario "El pensamiento de la nación" (1844-1846) y el diario "El conciliador" (Jul.-nov. 1845), Balmes escribió un artículo, titulado *La palabra filosofía*, que apareció en la revista "La Sociedad", el 1 de

2. JOSEP TORRAS I BAGES, *La Tradició catalana. Estudi del valor ètic i racional del regionalisme català*, en *Obres Completes*, vol. I-VIII: Barcelona, Ed. Ibèrica, 1913-1915; y vol. IX y X: Barcelona, Foment de Pietat Catalana, 1925 y 1927; vol. IV, 1913, pp. 473-474.

3. FRANCISCO CANALS VIDAL, *Política española: pasado y futuro*, Barcelona, Ediciones Aervo, 1977, pp. 104-105.

4. JOSEP TORRAS I BAGES, *La Tradició catalana*, op. cit., p. 474.

marzo de 1843. El escrito, aunque muy breve, tiene una gran importancia, porque expone su concepto de la filosofía y el gran papel que le otorga en toda la vida del hombre. Contiene explícita e implícitamente ideas que después se encuentran desarrolladas en sus otras obras filosóficas, principalmente en *El Criterio*.

Comienza, en este escrito, señalando el abuso de la palabra "filosofía", porque se utiliza para caracterizar a ciencias, objetos, situaciones y actitudes muy diversas. Seguidamente da esta definición: "*La filosofía consiste en ver en cada objeto todo lo que en él hay, y sin más de lo que hay*"<sup>5</sup>.

En la primera parte de esta sencilla definición, se indica no sólo que la filosofía es "ver" en general –percibir y entender, conocimiento sensible y conocimiento intelectual–, sino también que lo "visto" tiene que ser la realidad y de modo completo, y, por tanto, la verdad íntegra, porque, para nuestro autor, como explica en *Filosofía elemental*: "La verdad es la realidad. *Verum est id quod est*, es lo que es, ha dicho San Agustín. Puede ser considerada de dos modos: en las cosas o en el entendimiento. La verdad en la cosa es la cosa misma; la verdad en el entendimiento es el conocimiento de la cosa tal como ésta es en sí"<sup>6</sup>.

Balmes comienza *El Criterio*, obra destinada a enseñar a "ver" bien o pensar de acuerdo con la verdad, con estas palabras: "El pensar bien consiste o en conocer la verdad, o en dirigir el entendimiento por el camino que conduce a ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí alcanzamos la verdad; de otra suerte caemos en el error"<sup>7</sup>. La filosofía es, por consiguiente, el logro de la verdad en este sentido realista<sup>8</sup>

Esta concepción balmesiana de la verdad como realidad se apoya en la definición de San Agustín citada: "*Verum est id quod est*, dice San Agustín (Lib. 2º, *Solil.*, cap. V)". Añade Balmes, después de esta cita: "Puede distinguirse entre la verdad de la cosa y la verdad del entendimiento: la primera, que es la cosa misma, se podrá llamar objetiva; la segunda, que es la conformidad del entendimiento con la cosa, se apellidará formal o subjetiva"<sup>9</sup>. La filosofía sería la expresión de esta verdad subjetiva.

Toda la filosofía está relacionada con la verdad. "El amor de la verdad no es una simple cualidad filosófica, sino un verdadero deber moral; el procurar ver en las cosas lo que hay y nada más de lo que hay, en lo que consiste el

5. JAIME BALMES, "La palabra filosofía", en *Obras completas*, Madrid, BAC, 1949, 8 vols, vol. VIII, pp. 257-259, p. 257.

6. IDEM, *Filosofía elemental*, en *Obras completas*, op. cit., Vol. III, pp. 3-538, Lógica, I, p. 8.

7. IDEM, *El Criterio*, en IDEM, *Obras completas*, op. cit., vol. III, pp. 551-755, I, 1, p. 553. Afirma también: "Conocemos más los libros que las cosas, y el ser sabio consiste en saber cosas y no libros" (IDEM, *Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión*, en *Obras completas*, op. cit., Vol. VIII, pp. 327-347, p. 339).

8. Explica que: "El objeto del entendimiento es la verdad, porque la verdad es el ser; y la nada no puede ser objeto de ninguna facultad. Cuando conocemos el ser conocemos la verdad, y, por consiguiente, estamos obligados a procurarnos el conocimiento de la realidad de las cosas" (IDEM, *Filosofía elemental*, op. cit., XV, 118, pp. 139-140).

9. IDEM, *El Criterio*, op. cit., I, 1, nota póstuma, p. 557.

conocimiento de la verdad, no es sólo un consejo del arte de pensar, es también un deber prescrito por la ley del bien obrar<sup>10</sup>.

Con estas mismas definiciones, también termina la obra, al concluir: "Criterio es un medio para conocer la verdad. La verdad en las cosas es la realidad. La verdad en el entendimiento es conocer las cosas tales como son"<sup>11</sup>. El "criterio" es el sistema de procedimientos para alcanzar la realidad integral, la verdad total, es "un conjunto de principios, de reglas, de observaciones y sobre todo de ejemplos en escena"<sup>12</sup>.

Podría identificarse con la Lógica. Sin embargo, trasciende a esta parte de la Filosofía. En primer lugar, porque abarca también la lógica natural u ordinaria. "La lógica natural es la disposición que la naturaleza nos ha dado para conocer la verdad. Esta disposición puede perfeccionarse con reglas fundadas en la razón y en la experiencia"<sup>13</sup>. Estas son objeto de lo que se puede llamar "lógica artificial" o filosófica.

En segundo lugar, la lógica balmesiana, es más extensa que una lógica dedicada al estudio de los procedimientos de la inteligencia, porque "criterio" es la lógica del hombre entero. "El hombre, a más del entendimiento, tiene otras facultades que le ponen en relación con las cosas, por lo que una buena lógica no debe limitarse al solo entendimiento; ha de extenderse a todo cuanto puede influir en que conozcamos los objetos tales como son"<sup>14</sup>.

Guarda relación con el hombre completo, con el hombre como totalidad, porque: "Al hombre le han sido dadas muchas facultades. Ninguna es inútil. Ninguna es intrínsecamente mala. La esterilidad o la malicia les vienen de nosotros, que las empleamos mal. Una buena lógica debiera comprender al hombre entero, porque la verdad está en relación con todas las facultades del hombre. Cuidar de la una y no de la otra es a veces esterilizar la segunda y malograr la primera"<sup>15</sup>. Si todo saber tiene que ser fiel a la realidad, debiera serlo con el mismo hombre en su totalidad<sup>16</sup>.

### 3. La filosofía como objetividad

En la segunda parte de la definición de filosofía, a la característica de la totalidad, indicada en la primera, se añade la de objetividad. El mismo Balmes explica que: "Es menester advertir cuán necesaria era la limitación que muy de propósito hemos añadido 'y no más de lo que hay'; porque así como hay entendimientos *cortos y obscuro*, que nada aciertan a ver y distinguir, los hay también demasiado *vivaces y puntiagudos* que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndose a las cabezas desvanecidas por algún accidente que pretenden

10. IDEM, *Filosofía elemental*, op. cit., XV, 118, p. 140.

11. Ibid., XXII, 60, p. 754.

12. Ibid., Prospecto, p. 551. Véase: SANTIAGO FERNANDEZ BURILLO, *L'art de penser bé. Una introducció a J. Balmes*, Barcelona, Edicions del Drac, 1991.

13. IDEM, *Filosofía elemental*, op. cit., I, 1, p. 8.

14. Ibid., II, pp. 3-4.

15. IDEM, *El Criterio*, op. cit., XXII, 60, p. 755..

16. Véase: J. ROIG GIRONELLA, "Dos filósofos del 'hombre entero': Balmes y Sciacca", en *Gionarle di Metafisica* (Genova-Torino), 31 (1976) ,pp. 427-462

ver centellas estando a oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos cuando en realidad no ven nada<sup>17</sup>.

Es necesario ajustarse a la realidad. Puede faltarse a la concordancia con lo que hay en el objeto, con la verdad, por defecto, tal como hacen los entendimientos "cortos y oscuros", o bien por exceso, como los "cavilosos". El entendimiento tiene que concertarse o acoplarse con su objeto. Tiene que ser preciso o fiel a la realidad, es decir, verdadero

De manera que, tal como indica en *El Criterio*: "Un entendimiento claro, capaz y exacto abarca el objeto entero, le mira por todos sus lados, en todas sus relaciones con lo que le rodea. La conversación y los escritos de estos hombres privilegiados se distinguen por su claridad, precisión y exactitud". Por otra parte: "El buen pensador procura ver en los objetos todo lo que hay, pero no más de lo que hay".

El "criterio", que enseña Balmes, es de fidelidad a toda la realidad. En cambio: "Ciertos hombres tienen el talento de ver *mucho en todo*; pero les cabe la desgracia de ver todo lo que no hay y nada de lo que hay (...) Otros adolecen del defecto contrario: ven bien, pero *poco*; el objeto no se les ofrece sino por un lado; si este desaparece, ya no ven nada<sup>18</sup>".

Respecto a los que se exceden en la medida del entendimiento, que es la misma realidad, advierte: "La vivacidad no es la penetración: la abundancia de ideas no siempre lleva consigo la claridad y exactitud del pensamiento; la prontitud del juicio suele ser sospechosa de error; una larga serie de raciocinios demasiado ingeniosos suele adolecer de sofismas, que rompen el hilo de la ilación y extravían al que se fía en ellos".

Las personas que poseen un *entendimiento caviloso* chocan a las que conservan la medida intelectual, que han sabido mantener el equilibrio, porque, comenta Balmes, que: "La razón humana es de suyo tan cavilosa, poseen ciertos hombres cualidades tan a propósito para deslumbrar, para presentar los objetos bajo el punto de vista que les conviene o los preocupa, que no es raro ver a la experiencia, la buen juicio, al tino, no poder contestar a una nube de argumentos especiosos otra cosa que: 'Esto no irá bien; estos raciocinios no son concluyentes; aquí hay ilusión: el tiempo lo manifestará'".

Lo que se explica, porque: "Hay cosas que más bien se sienten que no se conocen; las hay que se *ven*, pero no se prueban; porque hay relaciones delicadas, hay minuciosidades casi imperceptibles, que no es posible demostrar con el discurso a quien no las descubre a la primera ojeada; hay puntos de vista sumamente fugaces que en vano se buscan por quien no ha sabido colocarse en ellos en el momento oportuno<sup>19</sup>".

17. JAIME BALMES, "La palabra filosofía", op. cit., p. 258.

18. IDEM, *El Criterio*, op. cit., III, p. 554. Advierte, en otro lugar, que la claridad y el rigor o exactitud intelectual requieren también la hondura, porque: "Hay talentos claros porque son superficiales, son como un arroyuelo de escasa profundidad; enturbiada un poco el agua, todavía se distinguen la arena y piedrecitas del fondo" (IDEM, *Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión*, op. cit., p. 334).

19. Ibid., XXII, pp. 705-706.

Es preciso asimismo tener en cuenta que, por otra parte, esta falta de buen sentido, propio de las personas cavilosas, no sólo se da en los entendimientos que "ven" poco, que no acceden a la verdad por defecto, sino también también en otro tipo de personas obsesionadas por una idea, que pueden tener un entendimiento "claro y capaz". Este tercer tipo de personas tampoco poseen la actitud intelectual propio de la filosofía, porque: "El hombre dominado por una preocupación no busca ni en los libros ni en las cosas que realmente hay, sino lo que le conviene para apoyar sus opiniones. Y lo más sensible es que se porta de esta suerte a veces con la mayor buena fe, creyendo sin asomo de duda que está trabajando por la causa de al verdad. La educación, los maestros y autores de quienes se han recibido las primeras luces sobre una ciencia, las personas con quienes vivimos de continuo o tratamos con más frecuencia, el estado o profesión y otras circunstancias semejantes contribuyen a engendrar en nosotros el hábito de mirar las cosas siempre bajo un mismo aspecto, de verlas siempre de la misma manera"<sup>20</sup>.

Por último, observa también Balmes que hay un cuarta posición intelectual impropia de la filosofía. "Hay ciertos entendimientos que parecen *naturalmente defectuosos*, pues tienen la desgracia de verlo todo bajo un punto de vista falso o inexacto o extravagante. en tal caso no hay locura ni monomanía; la razón no puede decirse trastornada, y el buen sentido no considera a dichos hombres como faltos de juicio. Suelen distinguirse por una insufrible locuacidad, efecto de la rapidez de percepción y de la facilidad de hilvanar raciocinios".

Tales *entendimientos torcidos*: "Apenas juzgan de nada con acierto, y si alguna vez entran en el buen camino, bien pronto se apartan de él arrastrados por sus propios discursos. Sucede con frecuencia ver en sus razonamientos una hermosa perspectiva que ellos toman por un verdadero y sólido edificio; el secreto está en que han dado por incontestable un hecho incierto, o dudoso, o inexacto, o enteramente falso; o han asentado como principio de eterna verdad una proposición gratuita o tomado por realidad una hipótesis, y así han levantado un castillo que no tiene otro defecto que estar en el aire".

Tales hombres: "Impetuosos, precipitados, no haciendo caso de las reflexiones de cuantos los oyen, sin más guía que su torcida razón, llevados por su prurito de discurrir y hablar, arrastrados, por decirlo así, en la turbia corriente de sus propias ideas y palabras, se olvidan completamente del punto de partida, no advirtiendo que todo cuanto edifican es puramente fantástico, por carecer de cimiento"<sup>21</sup>. En definitiva: "Son almas inquietas y ardientes que viven de contradecir y que a su vez necesitan contradicción. Cuando no la hay, cesa la pugna"<sup>22</sup>.

Todos estos defectos revelan que: "Estos hombres suelen ser extremadamente *vanos*; una amor propio mal entendido les inspira el deseo de singularizarse en todo, y al fin llegar a contraer un hábito de apartarse de lo que

20. Ibid., XIV, p. 638.

21. Ibid., XXII, p. 707.

22. Ibid., XXII, p. 709. Uno de sus "pensamientos" dice: "Hay entendimientos que parecen naturalmente falsos, siempre tiene la desgracia de verlo todo al revés. Guardaos de disputar con ellos" ((IDEM, *Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión*, op. cit., p. 334).

piensan y dicen los demás, esto es, de ponerse en contradicción con el sentido común".

Su misma vanidad les impide tener éxito no sólo en las cuestiones teóricas, sino también en las cuestiones prácticas. En estas últimas son completamente inhábiles, porque: "Las principales dotes de un buen entendimiento práctico son la madurez del juicio, el buen sentido, el tacto, y estas cualidades les faltan a ellos. Cuando se trata de llegar a la realidad es preciso no fijarse sólo en las ideas, sino pensar en los objetos, y esos hombres se olvidan casi siempre de los objetos y sólo se ocupan de sus ideas. En la práctica es necesario pensar, no en lo que las cosas debieran o pudieran ser, sino en *lo que son*, y ellos suelen pararse menos en lo que son que en lo que pudieran o debieran ser"<sup>23</sup>.

#### 4. Los peligros para la filosofía

En el artículo citado, también se alude a estos entendimientos torcidos, al censurar que: "De todo se habla, sobre todo se discurre, son fáciles las ilaciones se sientan arbitrarios principios, y la pobre verdad sale tan malparada, cual puede esperarse de haberse encomendado su investigación al más temible de sus adversarios: el *charlatanismo*"<sup>24</sup>. Explícitamente declara: "No hay filosofía donde no hay más que palabras (...) no hay filosofía donde sólo se encuentran pensamientos atrevidos o imágenes brillantes"<sup>25</sup>.

Además del peligro de la charlatanería, en otras obras, señala otros dos. El primero es el *fanatismo*. Es definido por Balmes como: "Una viva *exaltación* del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinión, o falsa o exagerada". En la filosofía no tiene cabida el fanatismo, porque respecto a la verdad no se da el fanatismo, aunque sea muy grande el *entusiasmo* que suscite. Hay entonces: "Entusiasmo en el ánimo y heroísmo en la acción, pero fanatismo no: de otra manera los héroes de todos los tiempos y países quedarían afeados con la mancha de fanáticos".

Para Balmes, el fanatismo siempre está conexionado con el error y, por tanto, con el mal. Si a veces la afirmación de una tesis verdadera va acompañada de fanatismo, en realidad, éste lo es con respecto a los *medios* que se utilizan para mantenerla o defenderla, pero: "Por entonces ya existirá también un *juicio errado*, en cuanto se cree que la opinión verdadera autoriza para aquellos medios, es decir, que habrá error o exageración". No hay ningún tipo de fanatismo, si los medios, que se emplean para defender la verdad, son legítimos y oportunos.

Existen tantos tipos de fanatismo como clases de error. "Tomado el fanatismo con toda esta generalidad se extiende a cuantos objetos ocupan al espíritu humano, y así hay fanáticos en religión, en política y hasta en ciencias y literatura"<sup>26</sup>. No obstante, en sentido propio se aplica a lo religioso. "Por esta causa el solo nombre de fanático, sin ninguna añadidura, expresa un fanático en

23. IDEM, *El Criterio*, op. cit., XXII, p. 708.

24. IDEM, "La palabra filosofía", op. cit., p. 258

25. Ibid., p. 259.

26. IDEM, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, en *Obras completas*, op. cit., Vol. IV, VIII, p. 81.



religión; cuando, al contrario, si se le aplica con respecto a otras materias debe andar acompañado con el apuesto que las califique: así se dice fanáticos políticos, fanáticos en literatura y otras expresiones de este tenor<sup>27</sup>.

Se explica este sentido propio del término, porque en el hombre la mayor excitación y apasionamiento se dan en el ámbito de lo religioso: "No cabe duda que, en tratándose de materias religiosas tiene el hombre una propensión muy notable a dejarse dominar de una idea, a exaltarse de ánimo en favor de ella, a transmitirla a cuantos le rodean, a propagarla luego por todas partes, llegando con frecuencia a empeñarse en comunicarla a los otros, aunque sea con las mayores violencias".

Lo mismo ocurre en los otros fanatismos, pero no se dan con la misma virulencia. "Acontece en esta pasión lo propio que en las demás, que si producen los mayores males es sólo porque se extravían de su objeto legítimo, o se dirigen a él por medios que no están de acuerdo con lo que dictan la razón y la prudencia, pues que, bien observado, el fanatismo no es más que el sentimiento religiosos extraviado, sentimiento que el hombre lleva consigo desde la cuna hasta el sepulcro y que se encuentra esparcido por la sociedad en todos los períodos de su existencia".

Añade Balmes que, precisamente: "Como este sentimiento es tan fuerte, tan vivo, tan poderoso a ejercer sobre el hombre una influencia sin límites, apenas se aparta de su objeto legítimo, apenas se desvía del sendero debido, cuando ya produce resultados funestos; pues que se combinan desde luego dos causas muy a propósito para los mayores desastres, como son: absoluta ceguera del entendimiento y una irresistible energía en la voluntad"<sup>28</sup>.

Un tercer peligro para la filosofía es la *intolerancia*. La expresión de la verdad, propia de la filosofía, no implica tampoco la intolerancia.. Como afirma Balmes en el escrito de 1843: "Sólo hay filosofía donde hay verdad"<sup>29</sup>; y la exposición de la verdad es tolerante.

Considera que la tolerancia es "El sufrimiento de una cosa que se conceptúa mala, pero que se cree conveniente dejarla sin castigo (...) la idea de tolerancia anda siempre acompañada de la idea de mal (...) Tolerar lo bueno, tolerar la virtud, serían expresiones monstruosas. Cuando la tolerancia es en el orden de las ideas supone también un mal del entendimiento: el error. Nadie dirá jamás que tolera la verdad"<sup>30</sup>.

Parece, sin embargo, que no sea así, porque se dice generalmente que hay que *"tolerar las opiniones"*, y no los errores. Pero debe advertirse que: "Cuando decimos que toleramos una opinión hablamos siempre de opinión contraria a la nuestra. En este caso la opinión ajena es en nuestro juicio un error". Por tanto, se tolera algo considerado erróneo.

También puede ocurrir que la propia opinión no se consideré verdadera, porque no esté totalmente consolidada y no haya llegado a alcanzar la certeza.

27. Ibid., VIII, pp. 81-82.

28. Ibid., VIII, p. 82.

29. IDEM, "La palabra filosofía", op. cit., p. 259

30. IDEM, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, op. cit., XXXIV, p. 341-342.



Ello tampoco representa ninguna dificultad porque: "Si nuestra opinión no pasa de tal, es decir, si el juicio, bien que afianzado en razones que nos parecen buenas, no ha llegado a una completa seguridad, entonces nuestro juicio sobre el error de los otros será también una mera opinión", y, por tanto, no hay, en sentido propio, tolerancia, sino una confrontación de opiniones. "Pero si llega la convicción a tal punto que se afirme y consolide del todo, esto es, si llegamos a la certeza, entonces estaremos también ciertos de que los que forman un juicio opuesto yerran". Por tanto, se tolerará ya un mal.

Todavía presenta otro inconveniente, pues podría parecer, dado que es un deber moral el respetar las opiniones de los demás, que hay que respetar también los errores. No es así, porque: "El respetar las opiniones puede tener dos sentidos muy razonables. El primero se funda en la misma flaqueza de convicción de la persona que respeta, porque cuando sobre un punto no hemos llegado a más que formar opinión se entiende que no hemos llegado a certeza, y, por tanto, en nuestra mente hay el conocimiento de que existen razones por la parte opuesta. Bajo este concepto podemos muy bien decir que respetamos la opinión ajena, con lo que expresamos la convicción de que podemos engañarnos y de que quizás no está la verdad de nuestra parte". En este sentido no respetamos el error, porque se *desconoce dónde ésta*.

Para el hombre, el ámbito de las verdades ciertas es grande<sup>31</sup>, pero también es muy amplio el de lo opinable<sup>32</sup>. Reconoce Balmes que al ser humano no le es posible muchas veces conocer la verdad con la suficiente claridad en todos los ámbitos<sup>33</sup>. No siempre puede tener una certeza absoluta, pero en muchos casos posee un firme asenso a la verdad. Por consiguiente, es necesario establecer la distinción entre las verdades parciales alcanzadas por el hombre y las verdades absolutas, que siente que se le imponen a su mente de un modo natural. No toda verdad alcanzada por el hombre es, por tanto, estable y definitiva<sup>34</sup>.

Además, debe distinguirse entre los principios generales, sobre los que puede tenerse una certeza absoluta, y su aplicación concreta, que puede ser múltiple, porque van siendo distintas las circunstancias y porque puede hacerse de

31. Declara, sin embargo, Balmes: "No somos partidarios del quietismo intelectual, que desde luego tenemos por contrario a nuestra conveniencia y a la índole misma de la razón. Pero reprobamos los esfuerzos violentos que se hacen y la marcha imprudente que se sigue para ensanchar la esfera de sus conocimientos. La inteligencia debe imitar ese paso majestuoso con que los cuerpos marchan a su perfección. El movimiento de estos últimos es constante, pero reposado: crecen, se desarrollan y engrandecen hasta llegar a sus naturales proporciones, sin variar su naturaleza, sus formas ni su constitución" (IDEM, "La opinión", en *Obras completas*, op. cit., Vol. V, pp. 643-650, p. 647).

32. "La ciencia es una antorcha que suele servir para ver la existencia de abismos, no para penetrar su fondo" (IDEM, *Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión*, op. cit., p. 328).

33. Confiesa, en otro lugar: "El estudio de la filosofía y de su historia engendra en el alma una convicción profunda de la escasez de nuestro saber; por manera que el resultado especulativo de este trabajo es un conocimiento científico de nuestra ignorancia" (IDEM, *Filosofía elemental*, op. cit., LXIII, 384, p. 537).

34. Manifiesta también: "Afortunadamente, la naturaleza se resiste al escepticismo de una manera insuperable; y los sueños del gabinete de los sabios no trascienden a los usos de la vida común de los hombres, ni aun de los mismos que los padecen o los fingen" (IDEM, *Filosofía fundamental*, op. cit., I, 34, p. 26).

varios modos posibles. En este último caso, la actitud intolerante no es prudente ni, por tanto, filosófica.

Añade Balmes: "Segundo, respetar las opiniones significa a veces respetar las personas que las profesan, respetar la buena fe, respetar sus intenciones"<sup>35</sup>. Lo que no es respetar un error. A veces se utiliza el término tolerancia en este sentido de comprensión, liberalidad, actitud solidaria con los otros.

Los errores, como todos los males, no se respetan, sino que se toleran. Por ello: "Se llama tolerante un individuo cuando está habitualmente en tal disposición de ánimo que soporta sin enojarse ni alterarse las opiniones contrarias a la suya". La tolerancia no implica ningún tipo de agnosticismo ni de relativismo. "No dimana de la flojedad en las creencias"; y además: "se enlaza muy bien con un ardiente celo"<sup>36</sup>.

Además, la tolerancia obsequiosa ante el mal tendrá siempre unos límites. No puede llevar a una posición de indiferentismo. "La tolerancia, pues, no supone en el individuo nuevos principios, sino más bien una calidad adquirida con la práctica, una disposición de ánimo que se va adquiriendo insensiblemente, un *hábito* de sufrir formado con la repetición del sufrimiento"<sup>37</sup>.

Moralmente hay que rechazar el mal, pero si de este rechazo sigue un mal mayor, entonces la prudencia hace que se tolere o se sufra. La tolerancia tiene, por tanto, un valor indirecto, el de impedir mayores males. Ello no implica que sea una opción por el mal menor, porque no hay una opción propia positiva por el mal, simplemente se soporta el mal de otros.

### 5. La filosofía como diálogo

Por tener por objeto la verdad, la filosofía tampoco lleva al distanciamiento del filósofo de otras posiciones filosóficas. La filosofía no requiere la clausura de la relación con los que no profesen el mismo sistema o la misma doctrina, sea cualquiera el grado de certeza que se posea, sino el diálogo.

En todo diálogo, se deben, en primer lugar, atender las otras posiciones, que deben ser conocidas incluso con gran claridad, tanto en sus argumentaciones como en su misma fuerza convincente. Es preciso, por tanto, la *comprensión*: "Debemos cuidar mucho de despojarnos de nuestras ideas y afecciones y guardarnos de pensar que los demás obrarán como obraríamos nosotros. La experiencia de cada día nos enseña que el hombre se inclina a juzgar de los demás tomándose por *pauta sí mismo* (...) Esta inclinación es uno de los mayores obstáculos para encontrar la verdad en todo lo concerniente a la conducta de los hombres"<sup>38</sup>. Lo mismo se puede decir de su modo de pensar.

La filosofía conlleva el intento de entendimiento de los otros. "Desgraciadamente, el conocimiento de los hombres es uno de los estudios más difíciles, y por lo mismo es tarea espinosa el recoger los datos precisos para acertar"<sup>39</sup>.

35. IDEM, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, op. cit., XXXIV, p. 342.

36. Ibid., XXXIV, p. 343.

37. Ibid., XXXIV, p. 345.

38. IDEM, *El Criterio*, op. cit. VII, pp. 590-591.

39. Ibid., VII, p. 590.

En muchos de nuestros razonamientos, indica Balmes, tendemos a utilizar las comparaciones y con respecto a lo más conocido, que somos nosotros mismos y así: "Prestamos a los demás el mismo modo de mirar y apreciar los objetos. Esta explicación tan sencilla como fundada, señala cumplidamente la razón de la dificultad que encontramos en despojarnos de nuestras ideas y sentimientos (...) Con nadie vivimos más íntimamente que con nosotros mismos, y hasta los menos amigos de concentrarse tienen por necesidad una conciencia muy clara del curso que ordinariamente siguen su entendimiento y voluntad. Preséntase un caso, y no atendiendo a que aquello que pasa en el ánimo de los otros, como si dijésemos en tierra extranjera, nos sentimos naturalmente llevados a pensar que deberá de suceder allí lo mismo, a corta diferencia, que hemos visto en nuestra patria"<sup>40</sup>.

En el diálogo filosófico, debe procurarse, en segundo lugar, tratar al otro con *benevolencia*. Sin despreciarle ni humillarle e intentando hallar y valorar la parte de verdad que presenta. "Cuando se trata de convencer a otros, es preciso separar cuidadosamente la causa de la verdad de la causa del amor propio. Importa sobremanera persuadir al contrincante de que cediendo nada perderá en reputación. No ataquéis nunca la claridad y perspicacia de su talento, de otro modo se formalizará el combate, la lucha será reñida, y aun teniéndole bajo vuestros pies y con la espada en la garganta no recabareis que se confiese vencido". Añade también Balmes este consejo práctico: "Hay ciertas palabras de cortesía y deferencia que en nada se oponen a la verdad, en vacilando el adversario conviene no economizarlas si deseáis que se dé a partido antes que las cosas hayan llegado a extremidades desagradables"<sup>41</sup>.

En la filosofía, por último, es necesaria la *sinceridad*. En el diálogo debe expresarse lo propio, lo pensado, aclarándolo y al mismo tiempo mostrando su verdad. El diálogo no supone la renuncia a la verdad. El respeto a la persona que tiene otra posición lleva precisamente a *apelar a su razón*, para lograr el entendimiento mutuo. A este respecto, indica Balmes que: "La caridad nos hace amar a nuestros hermanos, pero no nos obliga a reputarlos por buenos si son malos" Añade que la caridad: "No nos prohíbe el sospechar de ellos cuando hay justos motivos, ni nos impide el tener la cautela prudente, que de suyo aconseja conocer la miseria y la malicia del humano linaje"<sup>42</sup>.

Esta actitud benevolente, no comporta un compromiso con lo no verdadero, sino la audacia de juzgarlo y de proclamar clara y sencillamente la verdad, pero nunca con encono o antipatía. En todo diálogo, debe procurarse tratar al otro con indulgencia y benevolencia. Sin despreciarle o herirle, sin humillarle y procurando hallar y valorar la parte de verdad que presenta. De este modo se le reconoce como un acompañante en la búsqueda de la verdad.

La misma benevolencia exige la proclamación clara y sencilla de la verdad. El derecho que tienen los demás de conocer la verdad, comporta el deber de no encubriarla. Sin embargo, en la presentación de la verdad, hay que tener en cuenta, además de que es preciso evitar el encono y la antipatía, que: "Como

40. Ibid., VII, p. 591.

41. Ibid., XIV, p. 639.

42. Ibid. VII, p. 592, nota.

los seres se diferencian mucho entre sí en naturaleza, propiedades y relaciones, el modo de mirarlos y el método de pensar sobre ellos han de ser también muy diferentes<sup>43</sup>.

Nunca pueden hacerse, por consiguiente, juicios temerarios. "Nada más arriesgado que juzgar de una acción y sobre todo de la intención por meras apariencias; el curso ordinario de las cosas lleva tan complicados los sucesos, los hombres se encuentran en situaciones tan variadas, obran por tan diferentes motivos, ven los objetos de maneras tan distintas, que a menudo nos parece un castillo fantástico lo que, examinado de cerca y con presencia de las circunstancias, se halla lo más natural, lo más sencillo y arreglado"<sup>44</sup>. En cambio, si es posible el juicio de las posiciones, en cuanto tales.

#### 6. La armonía personal del filósofo

En el escrito de 1843, indica también Balmes que: "Llamamos filósofo a un hombre que sabe dar a las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni exagera, que, imponiendo silencio a sus pasiones y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasifica todo cual conviene y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista"<sup>45</sup>. Gracias a la filosofía, el hombre puede conseguir la armonía personal, la concordia con toda la realidad y consigo mismo

Es necesaria este equilibrio porque el hombre, escribe Balmes, en otro lugar: "El hombre presenta a cada paso tan extraña *mezcla* de nobleza y degradación, de grandor y pequeñez, de bien y de mal, que no es fácil concebir cómo un ser de tal naturaleza haya sido obra de Dios. En efecto, mientras que con su *entendimiento* abarca, digámoslo así, el cielo y la tierra; mientras que adivina el curso de los astros y penetra en los más hondos arcanos de la naturaleza, le vemos también lleno de dudas, de ignorancia, de errores; tiene un *corazón* noble, amante de la virtud, que se entusiasma con el solo recuerdo de una acción generosa, pero que se pega también a los objetos más viles y sabe abrigar la crueldad, la traición y la perfidia; es capaz de concebir y de realizar agigantados *proyectos*, de arrostrar impertérrito todo linaje de peligros, y quizá tiembla pavoroso a la vista de un riesgo despreciable, y se acobarda y desfallece por sólo tropezar con la dificultad más liviana; suspira siempre por la *felicidad*, y vive abrumado de infortunio; en una palabra, por dondequiera que miremos al hombre en contramos una *extraña mezcla* que asombra y confunde"<sup>46</sup>.

Por este extraño desorden, la vida humana, es una persistente lucha para conseguir el equilibrio. "Todo el curso de nuestra vida es una continuada *lucha* entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, el deseo de la felicidad y el sufrimiento de la desdicha. El cumplimiento de nuestras obligaciones por una parte, y la pereza y todas las *pasiones* por otra, tienen en no interrumpida tortura a nuestra alma; por manera que no parece sino que dentro de cada uno

43. Ibid., XV, p. 616.

44. Ibid., VII, p. 586.

45. IDEM, "La palabra filosofía", op. cit., p. 259.

46. IDEM, *La religión demostrada al alcance de los niños*, en *Obras completas*, Madrid, BAC, 1949, 8 vols. Vol. V, pp. 5-49, c. XI, p. 15.

de nosotros hay *dos hombres* que disputan y luchan incansables, el uno bueno, el otro malo; el uno cuerdo, el otro loco. Y por lo que toca a la dicha, ¿quién puede gloriarse de disfrutarla, de haberla gustado apenas? ¿Cómo es posible, dirán los incrédulos, que una monstruosidad semejante haya salido de las manos de un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno?<sup>47</sup>

Todo en el ser humano está en pugna. Le falta la *armonía* en sus facultades, sobre todo la luz de la razón "Uno de los primeros cuidados que debe ocupar al hombre es tener bien arreglada esta luz. Si ella falta nos quedamos a oscuras, andamos atentas, y por este motivo es necesario no dejarla que se apague. No debemos tener el entendimiento en inacción, con peligro de que se ponga obstuso y estúpido, y, por otra parte, cuando nos proponemos ejercitarle y avivarle conviene que su luz sea buena, para que no nos deslumbre; bien dirigida, para que no nos extravíe"<sup>48</sup>.

Es necesaria la luz intelectual para conocer la verdad, la realidad de las cosas, y, por tanto, para ser filósofo. Un *obstáculo* muy importante para el conocimiento de la realidad, y, para la misma filosofía, son las pasiones o sentimientos.

Las pasiones o estados de ánimo afectan la visión de la realidad y, por ello, a la filosofía. "Si nuestra alma estuviese únicamente dotada de inteligencia, si pudiese contemplar los objetos sin ser afectada por ellos, sucedería que, en no alterándose dichos objetos, los veríamos siempre de una misma manera". No ocurre así, porque: "Los objetos son a veces los mismos y no obstante se ofrecen muy diferentes, no sólo a distintas personas, sino a una misma, sin que para esta mudanza sea necesario mucho tiempo (...) ¿Y cuál es la causa? Es que el corazón se ha puesto en juego, es que nosotros nos hemos mudado y nos parece que se han mudado los objetos"<sup>49</sup>.

De manera que, en general: "Lo que está delante de nuestros ojos, lo que nos afecta en la actualidad, he aquí lo que comunmente decide de nuestros actos y aun de nuestras opiniones"<sup>50</sup>. Es patente, no obstante, que: "Es necesario tratar las cosas con arreglo a lo que son, no a lo que nos afectan, la verdad no está esencialmente en nuestras impresiones, sino en los objetos, cuando aquéllas nos ponen en desacuerdo con éstos nos extravían. El mundo real no es el mundo de los poetas y novelistas, es preciso considerarle y tratarle tal como es en sí, no sentimental, no fantástico, no soñador, sino positivo, práctico, prosaico"<sup>51</sup>.

### 7. La filosofía como armonía

Con estas advertencias, Balmes esta refiriéndose al problema profundo del ser del hombre. En su constitución metafísica hay en el ser humano una dualidad complementaria, expresada en la imagen clásica neoplatónica del hombre como horizonte. El hombre, para el neoplatonismo, es el confín de dos

47. Ibid., c. XI, pp. 15-16.

48. IDEM, *El Criterio*, op. cit., I, p. 556.

49. Ibid., XIX, pp. 667-668.

50. Ibid., XIX, p. 676.

51. Ibid., XXII, p. 742.

mundos<sup>52</sup>. En la parte superior, está el mundo infinito de lo espiritual. En la inferior, se encuentra el universo corpóreo, que tiene el peso de la materia.

Esta condición peculiar hace que todo en el hombre esté atravesado de dualidad de difícil integración armónica<sup>53</sup>. Siempre existe, por ello, el riesgo de disgregación y de antítesis. Así, por ejemplo, se conciben muchas veces como oposición y enfrentamiento la vida y el espíritu, lo sentivo y lo racional, el conocimiento y la voluntad, la naturaleza y la libertad, la intimidad y la sociabilidad, la vitalidad y la legalidad, lo natural y lo cultural, el amor y el deber, etc.

Por esta constitución de difícil equilibrio, continuamente, puede verse y sentirse la composición dual antinómica, y concebir los distintos elementos duales humanos, como separados y opuestos. Balmes nota que tienen que ser complementarios para que el hombre pueda llegar a su promoción humana. Todos son necesarios y así no hay inteligibilidad sin sensibilidad, objetividad sin la subjetividad, virtud sin pasión o sentimiento y actuación sin quietud

En su época se sentía de un modo muy agudo estas posibles disgregaciones y antítesis en la misma filosofía. La modernidad no había conseguido expresar unitariamente la tensión de lo complementario en el hombre. Sus unilateralidades, tomadas como integridades, se habían dividido en los "ismos": racionalismo, empirismo, realismo, idealismo, etc. Concretamente el racionalismo, en su desviación unilateral, se había orientado hacia lo superior. No parecía resignarse con la dimensión corpórea del hombre, porque era la corporeidad, la que le privaba de las intuiciones intelectuales de las puras esencias inteligibles abstractas.

Esta actitud del clasicismo racionalista terminó en una profunda crisis, cuya respuesta fue el romanticismo. En el modo de ser romántico, que se dio en la época de Balmes, se sentía de un modo muy acusado la dualidad humana, y se procuraba suplir las deficiencias racionalistas orientándose exclusivamente hacia lo que estos habían ignorado.

El romanticismo fue fecundo, por una parte, porque se encauzó de nuevo hacia el sentimiento. Ortega y Gasset consideraba que el abandono a las emociones era lo que definía el fenómeno romántico. "El romanticismo, germinado en las postrimerías del siglo XVIII, significa en la Historia el triunfo del sentimiento. Hasta entonces había solido el hombre avergonzarse de sus emociones demasiado orgulloso de sus ideas"<sup>54</sup>.

---

52. "Dionisio, en *De divinis nominibus*, c. VII, dice que "La sabiduría divina unió los fines de las cosas superiores con los principios de las inferiores" (SANTO TOMAS, *Summa Contra Gentiles*, II, c. 68). Esta imagen del hombre como horizonte, implica la concepción de un universo jerarquizado en una escala de seres superiores e inferiores, que, a pesar de su discontinuidad, por sus diferentes grados de ser, guardan una continuidad de orden. Tal graduación sigue el siguiente principio neoplatónico: "Siempre está unido lo ínfimo del género supremo con lo supremo del género inferior" (Ibid).

53. Cf. ABELARDO LOBATO, *El cuerpo humano*, en ABELARDO LOBATO (Ed.), *El hombre en cuerpo y alma*, op. cit., pp. 101-335, pp. 132-133.

54. JOSE ORTEGA Y GASSET, *El Espectador*, "Para un Museo romántico", VI, Madrid, Revista de Occidente, 1927, p. 85.

Igualmente se volvió a exaltar la individualidad –expresada en el amor y la música–, la libertad –entendida como abolición de toda regla, como rebeldía y creatividad–, el pasado –mirado con nostalgia–, la acción –en busca siempre de la novedad–, y la naturaleza –en su dimensión de paisaje, que reflejara la tristeza depresiva del romántico.

Por otra parte, en la afirmación y la primacía de estas dimensiones y tendencias humanas, el romanticismo representaba un gran valor no sólo al recordarlas frente al clasicismo racionalista, sino también al hacerlo con una gran fuerza y vitalidad y de un modo que ponía al descubierto modalidades nuevas del ser humano. Así, por ejemplo, en el drama musical de Wagner, *Tristán e Isolda*, que para muchos representa la cumbre de la música romántica, se crea, por primera vez, una melodía inacabable, infinita, no sujeta a una forma determinada, en la que los *leit-motive* –alrededor de ochenta– parecen siempre nuevamente metamorfoseados.

Sobre el amor de los dos protagonistas –por una parte natural y por otro no natural en cuanto es completamente irresistible por un filtro de amor–, escribió el mismo Wagner, en el Prólogo de este poema sinfónico –en el que las voces humanas son instrumentos solistas de la orquesta–, que una vez la princesa Isolda y el sobrino del rey Marke, han tomado la poción: "Desde aquel momento no hay para ellos sino infinitos deseos, anhelos, gozos y penas de amor; en cambio el mundo, el poder, la fama, la gloria, el honor, la nobleza, la fidelidad y la amistad, todo se desvanece como un sueño vacío. Una sola cosa sobrevive: el anhelo, el anhelo insaciable, la aspiración eternamente renovada, provocándoles sed, consumiéndoles. Única redención: la muerte, morir, desaparecer, no despertar nunca más"<sup>55</sup>.

El amor, como la música, es el valor supremo, algo sagrado, un ídolo, el absoluto, y, por ello, no está sujeto a normas. Tiene además un carácter redentor en cuanto que proporciona el estadio superior de la felicidad. De ahí que no pueda ser experimentado verdaderamente en este mundo y culmina siempre con la muerte. Enamorarse auténticamente conduce a los personajes inevitablemente a la muerte.

Para Balmes es un hecho patente que, de modo natural, cualquier sentimiento: "No llega por lo común a tan alto grado la exaltación de nuestros afectos que nos prive completamente del uso de la razón, para semejantes casos no hay nada que prescribir, porque entonces hay la enajenación mental, sea duradera o momentánea. Lo que hacen ordinariamente las pasiones es *ofuscar* nuestro entendimiento, torcer el juicio; pero no cegar del todo aquél ni destituirnos de éste. Queda siempre en el fondo del alma una luz que se amortigua, más no se apaga, y el que brille más o menos en las ocasiones críticas depende en buena parte del hábito de atender a ella, de reflexionar sobre nuestra situación, de saber dudar de nuestra aptitud para pensar bien en el acto, de no tomar los chispazos de nuestro corazón por la luz suficiente para guiarnos y de considerar que no son propios sino para deslumbrarnos"<sup>56</sup>.

55. RICHARD WAGNER, *Tristan e Isolde*, Trad, Anna D'AX, Barcelona, El Tinell, 1955, p. 8.

56. JAIME BALMES, *El Criterio*, op. cit., XIX, p. 677. Dirá Balmes que: "Cuando el corazón necesita una doctrina, el entendimiento se la presta, aunque sea fingiéndola" (IDEM, *Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión*, op. cit., p. 330)



Es preciso que el hombre sujete sus pasiones con la razón, pero, para ello, en *primer lugar*, es necesario tener conciencia de ellas, conocerlas. "Pero si el hombre no fija nunca su mirada en su interior; si obra según le impelen las pasiones, sin cuidarse de averiguar de dónde nace el impulso, para él llegan a ser una misma cosa pasión y voluntad, dictamen del entendimiento e instinto de las pasiones. Así la razón no es señora, sino esclava; en vez de dirigir, moderar y corregir con sus consejos y mandatos las inclinaciones del corazón, se ve reducida a vil instrumento de ellas y obligada a emplear todos los recursos de su sagacidad para proporcionarles goces que las satisfagan"<sup>57</sup>.

En *segundo lugar*, no hay que suprimirlas, sino *encauzarlas*. La razón debe dirigir las pasiones, pero no excluirlas. Incluso son un *auxilio* para hacer el bien, porque: "El hombre, para seguir el camino de la virtud, combate la inclinaciones malas con las inclinaciones buenas". Así, por ejemplo: "El amor de los placeres se neutraliza con el amor de la propia dignidad; el exceso del orgullo se temple con el temor de hacerse aborrecible; la vanidad se modera por miedo al ridículo; la pereza se estimula con el deseo de al gloria; la ira se enfrena por no parecer descompuesto; la sed de venganza se mitiga o extingue con la dicha y la honra que resultan de ser generoso. Con esta combinación, con la sagaz oposición de los sentimientos buenos a los sentimientos malos, se debilitan suave y eficazmente muchos de los gérmenes de mal que abraza el corazón humano, y el hombre es virtuoso sin dejar de ser sensible"<sup>58</sup>.

El equilibrio humano, por consiguiente, se consigue con la *razón*. Puede decirse que: "La razón es un monarca condenado a luchar de continuo con las pasiones sublevadas (...) En vano se intenta en nuestro siglo proclamar la omnipotencia de las pasiones y lo irresistible de su fuerza para triunfar sobre la razón"<sup>59</sup>. Sin embargo, no se puede eliminar totalmente la razón, porque el hombre nunca puede prescindir de emplear su razón, ya sea para prefijarse fines como para elegir los medios más a propósito para llegar a ellos.

No es posible mantener por largo tiempo los excesos, porque el equilibrio se impone por sí mismo. En el mundo, tanto material como espiritual, existe un perfecto equilibrio, que si se rompe se recupera con el correspondiente contrapeso. De ahí que: "No hay falta sin castigo; el universo está sujeto a una *ley de armonía*; quien la perturba sufre. Al abuso de nuestras facultades físicas sucede el dolor, a los extravíos del espíritu siguen el pesar y remordimiento"<sup>60</sup>.

Esta posición de Balmes ante lo sentimientos revela una actitud básica y permanente no sólo comprensiva y diálogante, sino también de integración y de asunción. Ante las ideas románticas, la solución de Balmes es la de ofrecer una concepción de la filosofía que respeta toda la realidad, con sus dualidades complementarias, y que es anterior a la desintegración y oposición de sus constitutivos, que realizaron el clasicismo y el romanticismo.

57. Ibid., XXII, p. 733.

58. Ibid., XXII, p. 734-735.

59. Ibid., XXII, pp. 721-722.

60. Ibid., XXII, p. 723. Indica Balmes que: "Desde la locura rematada a la cordura perfecta hay una escala de muchos grados: el mundo está distribuido en ellos. Los extremos son pocos" (IDEM, *Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión*, op. cit., p. 335).

Con su actitud de fidelidad a la tradición y su vigorosa potencia de asimilación, Balmes ofrece una postura equilibrada, que quiere huir de las exageraciones y condensar en una síntesis armónica toda la realidad, sin excluir ni desordenar sus elementos. Desde las otras posiciones exclusivistas y unilaterales, que, como el romanticismo, pueden ofrecer la apariencia de plenitud y autenticidad, en cuanto pretenden la carencia de la posición contraria, la filosofía de Balmes puede ser vista como síntesis complementaria, que intenta reformar o regenerar las deficiencias de todas ellas, y en este sentido los concilia.

#### 8. *El humanismo de la filosofía*

Se ha afirmado, a veces, que Balmes es meramente un filósofo divulgativo, autor de una filosofía del "sentido común". No es así. Lo que ocurre es que el filósofo español no concibe ningún tipo de saber, como un conjunto de conocimientos separados del recto conocimiento espontáneo y de los afanes ordinarios de la vida diaria. El conocimiento filosófico y el científico en general, no pueden representar una ruptura con el sentido común, la inteligencia natural y espontánea del ser humano. No representan una especie de salto cualitativo respecto a la razón natural. Por ser su perfeccionamiento gradual, están en un mismo plano.

Tanto el saber filosófico como el saber científico son saberes del mismo conocimiento humano, aunque en un grado más profundo y que, por ello, ha requerido un mayor esfuerzo y cultivo. De ahí que no sea posible abandonar nunca el entendimiento en su funcionamiento espontáneo, el que no ha sido desarrollado por la ciencia ni por la filosofía. Todo saber es una tarea naturalmente humana. Sus tesis no pueden aceptarse nunca, si son contrarias a los principios de la recta razón natural.

Para comprender adecuadamente a Balmes hay que tener presente que intenta entender al hombre en su auténtica realidad. Siempre utiliza el método de fidelidad a la realidad natural humana. Su misma actitud conciliadora, que le lleva al respeto y hasta la admiración y afecto, por las filosofías modernas, aunque no deja de reconocer sus insuficiencias, explica el intento de avenir todas las facultades del hombre, tal como son percibidas en la conciencia natural.

La razón y el sentimiento se aunan en la voluntad. Señala Balmes que, además de la razón, la voluntad requiere, el sentimiento, la pasión, "pero es una pasión constante, con dirección fija, sometida a regularidad"<sup>61</sup>. Por consiguiente, la fuerza de voluntad: "Necesita dos condiciones, o más bien resulta de la acción combinada de dos causas: una idea y un sentimiento. Una *idea* clara, viva, fija, poderosa, que absorba el entendimiento, ocupándole todo, llenándole todo. Un *sentimiento* fuerte, enérgico, dueño exclusivo del corazón y completamente subordinado a la idea".

Tanto la razón como el sentimiento son requisitos imprescindibles para la acción de la voluntad. "Si alguna de estas circunstancias falta, la voluntad flaquea, vacila. Cuando la idea no tiene en su apoyo el sentimiento, la voluntad

61. IDEM, *El Criterio*, op. cit., XXII, pp. 751-752.

es floja; cuando el sentimiento no tiene en su apoyo la idea, la voluntad vacila, es inconstante"<sup>62</sup>.

Explica que la razón es como la luz que orienta y el sentimiento el que suministra la energía, la fuerza. Confiesa que: "Es increíble lo que pueden esas fuerzas reunidas y lo extraño es que su poder no es sólo con respecto al que las tiene, sino que obra eficazmente sobre los que le rodean. El ascendiente que llega a ejercer sobre los demás un hombre de esta clase es superior a todo encarecimiento. Esa fuerza de voluntad, sostenida y dirigida por la fuerza de una idea, tiene algo de misterioso que parece revestir al hombre de un carácter superior y le da derecho al mando de sus semejantes: inspira una confianza sin límites, una obediencia ciega a todos los mandatos del héroe. Aun cuando sean desacertados, no se los cree tales, se considera que hay un plan secreto que no se concibe".

Advierte seguidamente que: "Para los usos comunes de la vida no se necesitan estas cualidades en grado tan eminente; pero el poseerlas del modo que se adapte al talento, índole y posición del individuo es siempre muy útil y en algunos casos necesario. De esto dependen en gran parte las ventajas que unos llevan a otros en la buena dirección y acertado manejo de los asuntos, pudiendose asegurarse que quien esté enteramente falto de dichas cualidades será hombre de poco valer; incapaz de llevar a cabo ningún negocio importante. Para las grandes cosas es necesaria gran fuerza, para las pequeñas basta pequeña; pero todas han de menester alguna".

La filosofía balmesiana enseña que estas tres facultades, con su articulación, son necesarias para todos los hombres, tanto para el hombre corriente como para el sabio, y para todas sus acciones. "El hombre grande como el vulgar se dirigen por el pensamiento y se mueven por la voluntad y las pasiones. En ambos la fijeza de la idea y la fuerza del sentimiento son los dos principios que dan a la voluntad energía y firmeza. Las piedrezuelas que arrebatan el viento están sometidas a las mismas leyes que la masa de un planeta"<sup>63</sup>. No hay nunca discontinuidad entre el hombre natural y el hombre cultivado, con el filósofo, sino diferencia de graduación.

Tanto para ser filósofo, para saber, como para actuar de acuerdo con la filosofía son necesarias, por consiguiente, tres facultades: entendimiento, voluntad, y sentimiento. Para ello, sin embargo, deben estar ordenadas y en concordia. "El hombre es un mundo pequeño: sus facultades son muchas y muy diversas; necesita armonía, y no hay armonía sin atinada combinación, y no hay combinación atinada si cada cosa no está en su lugar, si no ejerce sus funciones o las suspende en el tiempo oportuno. Cuando el hombre deja sin acción alguna de sus facultades es un instrumento al que le faltan cuerdas; cuando las emplea mal es un instrumento destemplado".

La filosofía propone una ordenación que queda sintetizada así: "La razón es fría, pero ve claro: darle calor y no ofuscar su claridad; las pasiones son ciegas, pero dan fuerza: darles dirección y aprovecharse de su fuerza". La norma

62. Ibid., XXII, p. 753.

63. Ibid., XXII, p. 754.

o criterio del hombre entero, que quiere ser objetivo y ajustarse a la realidad completa será, por tanto, el siguiente: "El entendimiento, sometido a la verdad; la voluntad, sometida a la moral; las pasiones, sometidas al entendimiento y a la voluntad"<sup>64</sup>.

A Balmes se le llama *doctor humanus* por el carácter humanístico de todo su pensamiento, por su permanente preocupación por el hombre. Es muy conocida la declaración final de una de sus investigaciones filosóficas: "Si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre, renuncio a la Filosofía y me quedo con la humanidad"<sup>65</sup>.

La razón de esta elección -si es que pudiera darse este dilema en la realidad-, es que la finalidad última que Balmes propone para la filosofía es la de *asistencia y ayuda al hombre*. La filosofía no se puede desinteresar por hombre, ni apartarse de él, sino que, por el contrario, se pone a su servicio para ayudarlo en su perfeccionamiento. La filosofía es un medio con respecto al hombre. Está ordenada a él.

Si la filosofía busca la verdad es porque ésta es un bien para el hombre, ya que le es necesaria para su entendimiento, y por tanto, para el equilibrio de sus demás facultades. La filosofía tiene como fin el bien del hombre, de cada hombre, para ayudarlo a conseguir su perfección y felicidad.

DR. EUDALDO FORMENT  
*Universidad de Barcelona*

---

64. Ibid., XXII, p. 755.

65. IDEM, *Filosofía fundamental*, I, XXXIV, 339, p. 210.